

# Resistencia permanente

**El estadounidense Christopher Ross, nuevo enviado especial del Secretario general de la ONU para el Sáhara Occidental, concluyó, en febrero pasado, su primera gira por el Magreb constatando el total desacuerdo entre Rabat, Argel y el Frente Polisario. Luego mantuvo entrevistas con las autoridades de Madrid y París. Su intención es convocar en Manhasset (cerca de Nueva York), esta primavera, una nueva ronda negociadora entre Marruecos, que controla casi todo el territorio saharauí, y el Frente Polisario, que reivindica la independencia de la antigua colonia española. La llegada a la Casa Blanca del primer Presidente afroamericano, Barack Obama, ha despertado esperanzas entre los saharauís quienes nunca han dejado de luchar por liberarse del poder marroquí e independizarse. Les ha costado muy caro, pero no parecen dispuestos ni a ceder, ni a rendirse.**

**Por nuestro enviado especial COLIN MURPHY\***

**H**assán paseaba por la ciudad una tarde cualquiera, matando el tiempo, cuando se topó con un amigo cerca del estadio de fútbol. Este le dijo: "Tengo spray". Quedaron en que se reunirían más tarde, esa misma noche, junto a la panadería.

Se encontraron a las doce, y anduvieron una corta distancia hasta un barrio residencial. Al final de una calle larga y estrecha, empezaron a hacer pintadas negras y rojas con spray. "¡Abajo el poder colonial!" y "¡Viva el Frente Polisario!", escribieron, en letras de setenta centímetros de alto. Actuaron rápidamente pero con cautela; querían que su trabajo fuera legible y no artístico. Cubrieron cien metros de la calle con esloganes, y a las doce y diez ya habían terminado. Eufóricos, lo celebraron con un buen café en el cercano cafetín Alaska.

Esto ocurrió en mayo de 2007. En octubre, Hassán se hallaba en una celda de la comisaría de policía, desnudo, mientras veía cómo violaban a otro hombre con una botella. Le ad-

virtieron de que si no confesaba correría la misma suerte. Confesó sobre un crimen del que decía no saber nada: el incendio de un coche de policía. Más tarde, cuando compareció ante el jefe de la policía, se negó a repetir la confesión y le devolvieron a las celdas. Esta vez, le aplicaron el *faraj* o "pollo asado" (una forma de tortura muy corriente en la región, afirma). Le pusieron en posición fetal con los pies atados y con los brazos atados alrededor de las piernas. Entonces le introdujeron un palo debajo de las rodillas, y lo levantaron para que así Hassán quedara suspendido, del revés, como un pollo en un espetón. Recibió insultos, golpes y torturas durante tres días, aunque los interrogadores tuvieron cuidado de no dejarle cicatrices. Le mostraron fotos del grafiti y le obligaron a escribir los mismos esloganes en papel, para que la escritura pudiera cotejarse.

Cuando le llevaron a juicio, entró en la sala del tribunal haciendo el signo de la victoria y gritando: "¡Abajo la justicia colonial!". Amenazó con hacer huelga de hambre. El juez replicó: "Puede usted estrangularse si quiere, pero no le hará ningún bien". Le declararon culpable de incendiar el coche de policía y le impusieron una condena de diez meses de cárcel, que terminó de cumplir en agosto.

"Estoy seguro de que, una vez me haya marchado, volverán a arrestarme",

afirma, mientras sonrío. Con brillo en los ojos.

Hassán Eddah, de veintidós años, es saharauí, del país que una vez se llamó "Sáhara español", actualmente Sáhara Occidental para quienes lo reconocen; para los demás son las "provincias meridionales" de Marruecos. Es una vasta

extensión de desierto, con unas pocas poblaciones, un rico yacimiento de fosfato, unas de las aguas pesqueras más ricas del mundo y, posiblemente, con petróleo en el mar. Los saharauís son las tribus nómadas nativas, de origen árabe y beréber; aunque ya no son nómadas, dado que no tienen adónde ir.

## "QUIERO LUCHAR DESDE AQUÍ"

**S**on aproximadamente cuatrocientos mil (nadie los ha contado nunca de forma adecuada). Algunos viven en El Aaiún, la capital del Sáhara Occidental, una ciudad pequeña, achaparrada y moderna, y en otros pocos pueblos del territorio controlado por Rabat. Muchos, sin embargo, viven en campos de refugiados al otro lado de la frontera del este, en Argelia, donde reside la dirección del Frente Polisario (antiguo Movimiento para la Liberación del Sáhara). Hassán tiene cuatro hermanos mayores en esos campos de refugiados; el más pequeño se marchó para ingresar en el Frente Polisario en 1995. Hassán no ha vuelto a ver a ninguno de ellos desde entonces. Le pregunto si se unirá a ellos. "Quiero luchar desde aquí", afirma. "No quiero dejar esta tierra a los colonos".

Su lucha es sencilla. No es un revolucionario; sus armas son la pintura de spray y la bandera del Frente Polisario. "Soy un simple militante", declara. "Exijo la autodeterminación".

¿Qué esperanza personal tiene en el futuro? Como persona joven, ¿cuáles son sus ambiciones? "Sólo pienso en ver nuestra bandera ondeando en esta tierra".

Esta tierra es la última colonia de África. Justo al sur de Marruecos, en la costa oeste africana. Fue una colonia de España hasta 1975, cuando las dificultades internas, la muerte del dictador Franco y la presión internacional forzaron a la retirada española. La independencia parecía probable para los saharauís, respaldados por la decisión del Tribunal Internacional de Justicia de Naciones Unidas, que dictaminó que tenían derecho a la autodeterminación.

En su lugar, Marruecos llevó a cabo una invasión sin precedentes. El rey Hassán II llamó al pueblo marroquí a la movilización, y trescientos cincuenta mil civiles hicieron una marcha hacia el sur para reivindicar el Sáhara como propio. Hay fotos de esa marcha en los pasillos de nuestro hotel en El

Aaiún: imágenes gloriosas de un masivo movimiento popular; un vasto desfile de pobre gente rural, envuelta en atuendos del desierto, portando la bandera roja de Marruecos, marchando, acampando y avanzando en camiones rebosantes. Esa fue la "Marcha Verde", llamada así porque se hizo en nombre del islam (aunque los saharauís también son musulmanes). Su importancia queda reflejada en un cuadro popular del vestíbulo de nuestro hotel. En el centro está el rey Hassán II: imponente y guapo con un traje europeo, señala con el dedo a la masa de componentes de la marcha, portadores de banderas rojas. En una esquina, una imagen de la mezquita de Al-Aqsa (Jerusalén) simboliza el islam; y en el lado opuesto hay una imagen de una fábrica de fosfatos.

La "Marcha Verde" se ha convertido en la expresión definitiva de la soberanía marroquí. Fue ante todo un ejercicio de relaciones públicas. Los componentes de la marcha apenas entraron en el Sáhara Occidental, no llegaron a ningún sitio que estuviera cerca de cualquiera de las poblaciones, acamparon durante tres días y se fueron a casa. Anduvieron por el desierto vacío y regresaron. Pero España cedió ante la presión marroquí y firmó un acuerdo con Marruecos y Mauritania (país limítrofe al sur), por lo que se dividió el Sáhara Occidental entre estos dos Estados. Ambos países mandaron sus ejércitos. Aproximadamente cien mil saharauís huyeron hacia el este, a Argelia, y su movimiento de liberación, el Frente Polisario, proclamó un Gobierno en el exilio.

Mauritania se retiró pasado un tiempo, pero Marruecos afianzó su control sobre casi todo el territorio del Sáhara Occidental al construir un muro, un terraplén de tierra de 1 600 km de largo, para protegerse de las incursiones del Frente Polisario; cien mil soldados marroquíes se encuentran estacionados actualmente a lo largo del terraplén.



A los saharauís que permanecieron en el territorio controlado por Marruecos se les forzó a trasladarse de sus tierras a las ciudades como si fueran ganado. Se produjo una severa represión política, y hubo cientos de "desaparecidos", arrestados y detenidos en cárceles secretas. En los casos más extremos, afirma la gente, el ejército marroquí arrojó a personas desde helicópteros o las enterró vivas, tal y como hicieron en su día los servicios de seguridad del Estado en América Latina. Las familias de los "desaparecidos" no recibieron ninguna noticia del paradero de éstos.

Aminatú Haider tenía veinte años cuando la detuvieron, en 1987. Había participado en la planificación de una manifestación a favor de la autodeterminación y de los derechos humanos. A las tres y media de la madrugada, la policía se la llevó de casa de sus padres. La interrogaron y la torturaron durante tres semanas, afirma. La golpearon, la ataron, la pusieron en posturas vejatorias y recibió descargas

## Patrullas del desierto

**E**n el terraplén de tierra se ve escrito con rocas blancas y calaveras de cabra: "Bienvenidos a la Casa de los Chicos Malos". Detrás de éste se sitúa un complejo de muy baja altura compuesto por tiendas de campaña y cabinas. Hay huellas sobre la arena que marcan caminos que no van a ningún lugar, huellas que se extienden en el desierto. Tras una parada breve aquí, volvemos al helicóptero ruso, un abollado Mi-8 con grandes letras negras en un lado. Abajo, el Sáhara se ha convertido, aunque por breve tiempo, en un terreno inundado por la llegada de las primeras lluvias de esta época del año. Aterrizamos en frente de la casa del coronel Conor Burke, un campamento muy similar aunque sin el letrero *rocanrollero*.

Aquí se ubica el equipo de Tifariti, una de las nueve bases encargadas de mantener la paz en el Sáhara Occidental. Al mando se encuentra el teniente coronel Conor Burke, que nació en Kildare y trabaja en los cuarteles de Collins Barracks en Cork (Irlanda). Tiene a doce personas a su cargo, de doce países distintos. "Nos cuidamos los unos a los otros", afirma. "Lo más importante es el respeto hacia los demás". Está destinado aquí

seis meses, de los que ya ha cumplido cuatro. "El tiempo se me pasa volando aquí. Estoy ocupado. Hay que preparar patrullas, realizar informes, limpiar, reunirse con gente y hacer cuanto sea necesario. A las seis y media jugamos a balonvolea durante una hora, y así pasamos la tarde".

A unos pocos cientos de metros, al otro lado del desierto, se encuentra el poblado de Tifariti, que fue bombardeado durante la guerra y se reconstruye lentamente. No hay carreteras, señales, tráfico o gente. En una diminuta tienda oscura, un saharauí de piel arrugada vestido con un traje de faena militar y con un tocado tradicional aguarda a los poco habituales clientes. Hay tiendas de campaña que se dispersan entre las matas. "Uno se adapta", dice Burke. "En Kildare, lugar muy llano y sin desniveles, se puede viajar kilómetros sin ver un árbol. Eso me fue muy útil".

Esta es una clásica misión de paz de Naciones Unidas: doscientos treinta "cascos azules", tres de ellos irlandeses, patrullan por el desierto, visitan instalaciones militares a ambos lados e informan de las violaciones del acuerdo de paz. Estas suelen ser leves: la situación es "tranquila y estable", afirma Burke. Además, los soldados es-

tán desarmados. Según Julian Harston, el veterano ex diplomático británico que dirige la misión de Naciones Unidas aquí, la pacificación "ha sido un gran éxito. Ninguna de las dos partes ha efectuado ni un solo disparo hostil desde que se inició el alto el fuego".

Eso ocurrió hace diecisiete años. La ONU vino para ayudar a organizar un referéndum de autodeterminación. Este nunca llegó a realizarse. Actualmente, hay contactos con las dos partes

*"Una segunda generación de saharauís se está radicalizando debido a la violación de los derechos humanos y a la incompetencia política"*

(Marruecos y el Polisario) para reanudar las conversaciones al respecto. Mientras tanto, una segunda generación de saharauís ha nacido en los campos de refugiados, o se está radicalizando debido a la violación de los derechos humanos y a

la impotencia política en el territorio controlado por Marruecos.

Esto no es de la incumbencia de Harston. "No tengo ni la autoridad ni los medios para controlar los derechos humanos." Su mandato procede del Consejo de Seguridad, donde el miembro permanente Francia, que fue antigua potencia colonial en Marruecos y actualmente es su aliado clave, lucha por mantener los derechos humanos fuera de la agenda del Sáhara Occidental. Ésta es la naturaleza de la *realpolitik* internacional, y Harston sostiene que no se debe culpar a la organización de la ONU. "No creo que Naciones Unidas haya fracasado en el Sáhara Occidental. Hemos hecho de forma precisa y exacta lo que nos pidió el Consejo de Seguridad. Hemos mantenido el alto el fuego y hemos seguido creando un espacio para que las partes negocien un acuerdo".

Entre tanto, Conor Burke y sus hombres conducen por los caminos habituales en el desierto, parándose a hablar con un nómada ocasional, manteniendo una relación amistosa con sus homólogos militares, observando, tomando notas o informando.

\* Periodista, Dublín, Irlanda. Este reportaje ha podido realizarse gracias al apoyo de Front Line, una organización benéfica irlandesa dedicada a proteger a los defensores de los derechos humanos en todo el mundo.

# e en el Sáhara Occidental



© MARK CONDREN

eléctricas. Cuando caía inconsciente, la despertaban con agua helada. Luego la transfirieron a otra cárcel, donde pasó los tres años y medio siguientes en una celda de tres metros cuadrados, con otras nueve mujeres. Les vendaban los ojos constantemente y no les permitían hablar. "Estábamos totalmente aisladas del mundo exterior. Nuestras familias daban por hecho que estábamos muertas. No hubo ningún proceso legal. Nos trataban como animales en jaulas". Pero las otras mujeres presas le dieron fuerzas. Algunas de ellas tenían hijos, y su valor le impresionó. Era joven y entraba dentro de sus planes ser detenida. "Mi tío y mi primo habían "desaparecido". Por lo que estaba preparada psicológicamente. Pero la segunda vez fue más dura".

Un alto el fuego entre Marruecos y el Frente Polisario en 1991 trajo consigo la liberación de "desaparecidos", por lo que Aminatú Haidar regresó con su familia y a sus estudios. También volvió al activismo y pasó a ser un miembro destacado del Colectivo de Defensores Saharaui de los Derechos Humanos (Codesa). La detuvieron de nuevo en 2005. Esta vez, la involucraron en lo que ella dice fue un proceso falso en el que la acusaron de formar una banda criminal, la condenaron y la

encarcelaron. "Por aquel entonces yo tenía hijos. Sufría constantemente por ellos: ¿comerían, dormirían, estarían bien? Aunque sólo pasé siete meses encerrada, y a pesar de que podía recibir visitas de mi familia, fue más duro".

Las condiciones eran tan malas que ella y sus compañeros presos políticos hicieron una huelga de hambre, por la que exigían un trato mejor. A algunos de sus colegas no les permitían las visitas familiares, ante lo cual Aminatú decidió solidariamente renunciar a las visitas de su propia familia. "Mis hijos me rogaban que parara. Pero habíamos tomado una decisión colectiva, por lo que no podía". La huelga duró cincuenta y un días. Obtuvieron algunas de sus reivindicaciones, y Aminatú fue puesta en libertad siete meses después.

Me cuenta esta historia de madrugada, en casa de un compañero de Codesa. Esta conversación no es ningún secreto, todos saben que están siendo vigilados. Pero como es el mes de ramadán, el ayuno musulmán, la gente prefiere reunirse tarde y hablar hasta entrada la noche. Mientras conversamos, un compañero prepara laboriosamente un té verde muy dulce, que hierve a fuego lento sobre un fogón de carbón colocado encima de la alfombra, para verterlo luego en pequeños

## Amnistía denuncia

La organización Amnistía Internacional (AI) ha denunciado en un nuevo informe la represión marroquí contra los defensores de derechos humanos en el Sáhara Occidental ocupado por Marruecos. Así lo denuncia la organización de defensa de los derechos humanos en un informe citado por la Asociación Saharaui de víctimas de graves violaciones de los derechos humanos por el Estado marroquí (ASVDH).

Amnistía Internacional afirmó que "las autoridades marroquíes impiden por todos los medios políticos y represivos que las asociaciones saharauis de derechos humanos obtengan autorización jurídica, indicando que fueron rechazados en la ciudad ocupada de El Aaiún los expedientes de solicitud presentados por la Asociación Saharaui de víctimas de graves violaciones de los derechos humanos por el Estado marroquí (ASVDH)".

En este contexto, el Colectivo de Defensores Saharaui de los Derechos Humanos (CODESA), no pudo celebrar su congreso fundacional debido al rechazo de las autoridades marroquíes a su solicitud de autorización para celebrar una sesión pública, recuerda el informe.

"Los miembros de la ASVDH son cotidianamente víctimas de restricciones, represión y detenciones por parte de los aparatos de seguridad marroquíes", afirmó AI, dando como ejemplo el caso de Brahim Sabbar, Secretario General de la ASVDH y otros de sus compañeros, antes de que fuera puesto en libertad en julio de 2008.

Amnistía Internacional señaló, por otra parte que los compañeros de Brahim Sabbar no pudieron visitarlo en su domicilio durante el acto de bienvenida organizado por su familia y por sus compatriotas.

vasos, los cuales se vaciarán a continuación en la tetera y serán rellenados de nuevo, una y otra vez hasta que adquiere una pequeña espuma. "Somos ortodoxos", bromea. "Hay que respetar las reglas". Aminatú Haidar y sus compañeros nos hablan hasta las tres de la madrugada de sus historias y de sus preocupaciones respecto a los derechos humanos en la región. Aunque su objetivo sea la autodeterminación del Sáhara, hacen hincapié en organizar una sociedad civil en el Sáhara Occidental, así como en aliarse con organizaciones de derechos humanos en Marruecos, para luchar por la democracia y por una mayor libertad de expresión y organización. Después se van a casa a comer con sus familias, antes

de que comience el ayuno con la salida del sol.

A la mañana siguiente, Aminatú Haidar nos da una vuelta en coche. Un Peugeot 205 blanco nos sigue, como de costumbre, pero cuando ella se detiene para mostrarnos la cárcel (ahora abandonada) en la que permaneció durante su detención en 2005, se nos une un segundo acompañante, otro coche de policía. Hay dos hombres en cucullas al otro lado de la calle, que observan. Aminatú los señala, mientras sonrío. Se dirige andando por la calle para pedirles un autógrafo; llega entonces un tercer acompañante: un furgón de la policía aparece en una calle paralela y, muy lentamente, gira hacia nuestra calle y pasa lentamente por delante de nosotros.

### "SIN DOLOR NO SE GANA"

Si su encarcelamiento ha tenido una consecuencia beneficiosa, ésta es que Aminatú Haidar se ha convertido en una figura representativa del movimiento por los derechos humanos en el Sáhara Occidental. En noviembre de 2008 voló hasta Washington para recibir el prestigioso premio de los Derechos Humanos Robert F. Kennedy. Junto con otros defensores de los derechos humanos de aquí, recibe el apoyo de Front Line, la organización benéfica irlandesa dedicada a proteger a estos defensores en todo el mundo. Este estatus le facilita cierto nivel de protección, además de darle la seguridad de que las autoridades tendrán cuidado de no pasarse de la raya. Aun así, se siente permanentemente hostigada. Cuando el verano pasado viajó en coche con su familia a Agadir, lugar de veraneo en la playa, para pasar

las vacaciones, les pararon trece veces en controles de carretera.

Nos sentamos en unos cojines en el suelo cubierto de alfombras de una sala de estar. Una mujer mayor describe cómo la secuestraron cuando tenía veinticuatro años y se vio separada de su hija de cinco. Ésta murió. No recuerda muy bien cuántos años estuvo en la cárcel, ¿fueron dieciséis? Un chico de dieciocho años nos muestra la inflamación en el muslo, según cuenta, resultado de un golpe de la policía, por ser un nacionalista saharauí. Salimos del hotel. El Peugeot 205 blanco está aparcado más adelante en la calle. Alguien describe hostigamientos, palizas y torturas. Al anochecer, en la cocina, una mujer prepara los platos para la ruptura del ayuno. Comemos dátiles y bebemos zumo de naranja recién hecho, mientras hablamos de temas triviales. Tomamos sopa y pan ácimo, a la vez que intercambiamos fotos de nuestros hijos tomadas con el teléfono móvil. Un joven pone música saharauí de su teléfono móvil, un canto repetitivo, de sonido metálico: si en la calle una policía lo oyera podría acarrearle una detención y una paliza. Otro joven describe el "pollo asado". Otra mujer habla de cuando compartió celda durante cinco años con ocho mujeres, y se les privaba de hacer ejercicio o de lavarse. La única vez que pudieron hablar fue cuando el carcelero que las vigilaba se fue a descansar porque el olor de la celda era demasiado nauseabundo. Nos cuentan estas historias, con cautela y educación, y después nos invitan a comer. Nos sentamos en el suelo con las piernas cruzadas, comemos con las manos o nos vamos al tejado a fumar un cigarrillo, mientras la conversación da paso a las risas.

Conducimos hacia el este por el desierto. Hay dos controles de carretera fuera de El Aaiún. De manera educada, pero lenta, nos obligan a esperar a un lado de la carretera. El po-

licía sabe, con naturalidad, el nombre de nuestro traductor, aunque nunca se han visto anteriormente. Atravesamos durante dos horas montes de color verde marrón y llanos polvorientos. Un camión cisterna absorbe agua de lluvia de un extenso charco, para venderla en la ciudad. Algunas cabras mordisquean arbustos y acacias. Hay camellos recostados en la carretera. Más controles, más preguntas. Llegamos a la entrada de Smara, una población diminuta a mitad de camino del muro-terraplén marroquí, donde está ubicado un campamento de Naciones Unidas ("sin dolor no se gana", reza una señal en el recinto); una pequeña y miserable población de chabolas; una ruinoso calle principal con un cibercafé y tiendas viejas; un suburbio disperso de casas a medio construir. (La moda aquí es construir un piso cada vez, y vivir en la sección terminada mientras se ahorra para construir uno más alto).

Hay una reunión del Comité Saharaui de Defensa de los Derechos Humanos, en Smara. Una larga introducción. Una detallada historia de una "desaparición". Fotos de jóvenes golpeados la semana pasada, y hombres que muestran lo que queda de sus cicatrices y cardenales. Nos han preparado una comida elaborada, únicamente para nosotros (es de día, ellos no pueden romper el ayuno). Pregunto a Lakhtour Nafaa, de dieciocho años, quien me ha contado cómo le detuvieron, golpearon y amenazaron con violarle con una botella, si verá la independencia alguna vez en su vida.

"Sólo Dios lo sabe", afirma. ¿Le gustaría unirse al Frente Polisario? "No. Me quedaré aquí hasta el día de la independencia". ¿Por qué? "Porque ésta es nuestra tierra".

Una tarde, el fotógrafo cree que le han abierto el ordenador portátil mientras estábamos fuera durante el día. Damos por hecho que han registrado nuestras habitaciones. Nuestros "compañeros de seguridad" están presentes cada vez que salimos fuera del hotel. En nuestra última mañana, uno del equipo se da cuenta de una pintada reciente de bolígrafo en su bolsa. "Conseguido, desgraciadamente", reza, en una extraña traducción del francés: *accompli, malheureusement*. En el vestíbulo, especulamos sobre el significado: ¿una advertencia, un signo de frustración, un irónico agradecimiento? Hassán II nos observa desde el cuadro. Su hijo, el rey Mohamed VI, mira hacia abajo desde un retrato enmarcado. Fuera, nuestros vigilantes de seguridad aguardan. ¿De quién es la tierra? ¿Qué se ha conseguido? Los saharauis están a la espera de respuestas. ■



© MARK CONDREN